

# El Parlamento europeo de los americanos

DOMENEC FONT

**E**L pasado día 10 de febrero, Jean-Paul Sartre afirmaba en el periódico "Le Monde" que "la Europa que nos quieren presentar Carter, Schmidt, Giscard y Andreotti no tiene relación alguna con la Europa de los trabajadores con la que desde hace muchos años sueña el movimiento obrero occidental".

Partiendo de estas declaraciones, el Partido Comunista Italiano, en boca del redactor-jefe de política extranjera de "L'Unità", Alberto Jacoviello, abre una matizada polémica sobre la caracterización de la "Europa independiente" del futuro, como uno de los terrenos en donde se manifiesta más claramente la polarización dialéctica entre los intereses de la burguesía occidental y los del movimiento obrero. Jacoviello acordaba con Sartre que "debía combatirse la tendencia a la dominación germano-americana de Europa", pero, subrayando el escepticismo del escritor francés, insistía en que esta dominación no es todavía un hecho consumado, puesto que el movimiento de la Historia se realiza en base a lentos procesos y graduales cambios. "La Historia —señala Jacoviello— no espera nunca a los ausentes, especialmente cuando los esfuerzos de éstos pueden cambiar el curso de los acontecimientos".

## El parlamento de los capitales

Más allá de los fuegos artificiales que tanto prodigan los editoriales políticos del PCI y de su tendencia a teñir sus intervenciones políticas de misiones redentoras, la polémica en cuestión viene a situar el tema de Europa no como un problema secundario dentro de la estrategia de los dos bloques imperialistas, sino como un proceso de singular y decisiva importancia. La reciente, e inoperante, cumbre en Londres de los representantes del capitalismo occidental bendecidos por Carter pone de nuevo en primera línea el tema de Europa y su inserción en la cadena imperialista. Asimismo, en junio de 1978 se celebrarán, probablemente, las elecciones para el primer Parlamento Europeo constituido, mediante su-

fragio universal, por los países miembros del Mercado Común. La proximidad de esta fecha y las características que puede tomar este proyecto para el futuro europeo nos incitan a reflexionar sobre la Europa que denosta Sartre, tanto más por cuanto este Parlamento constituye ya en la actualidad el caballo de batalla de las fuerzas más retardatarias de la burguesía europea —la socialdemocracia alemana, la democracia cristiana italiana, las fuerzas conservadoras inglesas y el partido "socialista" de Soares— cara a una unificación política que conceda la apariencia de legitimidad a una Europa del capital como tercera potencia unida e independiente tanto de los Estados Unidos como de la URSS y las fuerzas del Pacto de Varsovia.

La naturaleza de este Parlamento es resueltamente desfigurada por los partidos socialdemócratas y las fuerzas de la derecha actualmente en el poder, al presentarlo como una consecuencia material de la resolución suscrita en 1958 en el Tratado de Roma por los países miembros del Mercado Común. En realidad, es todo lo contrario. El proyecto de Parlamento Europeo apadrinado por Schmidt, Giscard d'Estaing y Andreotti no supone una simple formalidad en la prolongación natural del Tratado de Roma, ni un paso adelante en las pretensiones autonomistas de la burguesía frente a los dos bloques imperialistas (en el sentido que pudiera reconocerse como "autonómica" la política del gaulismo francés o el aislacionismo de cierta fracción del laborismo británico), sino uno de los pasos más avanzados y coherentes de la gran burguesía occidental para afianzar la intervención del imperialismo yanqui en toda la Europa del Sur, una vez centrada la fractura económico-política con la Europa nórdica en el cuadro de una nueva división internacional del trabajo.

## La política del chantaje

Está claro que esta política de integración a gran escala no puede plantearse al margen de la especial coyuntura por la que atraviesa la economía capitalista. Para comprender el alcance real de este pro-



La política de integración a gran escala que representa la constitución del Parlamento Europeo no puede plantearse al margen de la crisis que atraviesa la economía capitalista. En la fotografía, la Casa de Europa en Estrasburgo.

yecto parlamentario supranacional debemos situarnos en el momento de su relanzamiento, una vez desvanecidos por completo los sueños autonómicos que inicialmente podía contener el Tratado de Roma. De este modo veremos que no existe mecanismo diabólico alguno al comprobar cómo la construcción de una asamblea europea se plantea a partir de 1970, comienzo de la crisis aguda del sistema imperialista, y aparece potenciado a partir de 1975, año en que se produce una desigual reversión de las economías capitalistas occidentales, reversión bloqueada en la actuali-

dad por nuevas tendencias inflacionistas.

El proyecto de Parlamento Europeo por el que tanto suspiran las fuerzas socialdemócratas y al que tanto beneplácito conceden los partidos "eurocomunistas", es una pieza más del chantaje que el imperialismo norteamericano viene infringiendo al mundo occidental desde la segunda guerra mundial. La unificación política de Europa no aparece con la supuesta consolidación del Mercado Común, sino precisamente a partir de la debilidad de los países capitalistas tras el segundo gran conflicto bélico, debili-



El resultado más neto de toda la estrategia actual se traduce en una hegemonía norteamericana sobre el conjunto de las burguesías nacionales, tanto en el orden económico como en el político y militar.

dad que permitirá a los Estados Unidos establecer un rasado político frente al bloque soviético, uniformar la economía occidental y asociar a toda a una serie de países en una organización defensivo-militar, la OTAN, claramente dirigida desde Washington. El resultado más neto de toda esta estrategia aparece traducido en una hegemonía norteamericana sobre el conjunto de las burguesías nacionales —cada vez más “desnacionalizadas”, para entendernos—, tanto en el orden económico como político y militar. La Europa occidental es la principal frontera del sistema bipolar de bloques militares, hecho que ha determinado la subordinación de las burguesías capitalistas europeas a la hegemonía USA y que en la actual fase de coexistencia institucionalizada se ha transformado en la necesidad de su neutralización.

El proyecto de unificación europea reaparece en un momento en que la hegemonía norteamericana dentro del bloque imperialista tiende a perder su peso específico (derrota en el Sudeste asiático, fin del imperio colonial, contradicciones inter-imperialistas, tensiones políticas en el Sur de Europa, etc., etc.) y se constatan los primeros efectos de la crisis capitalista mundial (tasas record de inflación, carácter deficitario de las inversiones productivas, desmesurados “stocks” excedentarios en todas las ramas de la industria, aumento de la desocupación, etc., etc.).

A través de la convocatoria de un Parlamento mediante sufragio universal, las burguesías europeas convocan una política de mayor integración con el objetivo de reafirmar el “leadership” de los Esta-

dos Unidos frente al social-imperialismo soviético. El reconocimiento del dólar como medida internacional de pago, el proyecto de Carta Atlántica concretado por Kissinger en abril de 1973 por el cual se inserta a los países de la CEE en un marco político-militar dominado por Estados Unidos, la exportación de la crisis inflacionista americana hacia Europa como consecuencia del alza del petróleo y la reafirmación de la supremacía americana sobre Occidente tras la cumbre de Londres, son las manifestaciones más abruptas de una política imperialista de chantaje en las relaciones a escala mundial. Al propio tiempo, la creación de un instrumento político supranacional permite a los Estados Unidos reestructurar el mercado mundial —aislando y protegiendo al mismo tiempo el capitalismo japonés, el único país que, pese a la reciente baja del yen, dispone de una balanza comercial de pagos excedentaria—, recuperando una parte de la plusvalía mundial de la que pudieron llegar a beneficiarse las clases dominantes de los países exportadores de petróleo a partir de 1973.

### El gendarme europeo

En esta especial coyuntura surge el fantasma del expansionismo alemán. Paralelamente al hundimiento, en grados diversos, de las economías de la Europa meridional (Italia, Francia, Portugal y España), así como del desastre económico continuado de Gran Bretaña, Alemania Federal se convierte en la primera potencia de la Europa capitalista en el plano económico, político y militar. Mientras el déficit de

la balanza de pagos de los Estados Unidos tiende a ser permanente —una de las causas esenciales de la inflación mundial, como señala Jean-Pierre Vigier en el artículo “Curar la peste con aspirinas”, publicado en el número 6 de la revista “Alternativas” dentro del dossier “La Europa que nos espera”—, la economía de la RFA tiende a relanzarse utilizando el excedente de su balanza de pagos para pasar progresivamente de la exportación de productos (años sesenta) a la exportación de capitales y tecnología avanzada, como se sabe estrategia clásica del imperialismo en su fase de expansión. Apoyada fuertemente por las multinacionales americanas, Alemania extiende su radio de acción hacia la industria siderúrgica y electrónica de Europa, así como hacia la industria nuclear a partir de los beneficios que le reporta su rol imperialista en países como Sudáfrica y Brasil. Paralelamente, su papel de gendarme europeo se ve confirmado por los dólares yanquis en la constitución sobre el plano militar de un ejército convencional fuertemente dotado para contener todo vestigio conflictivo, tanto en los escenarios de la política internacional cuanto en el plano de su política interna.

Como señalaba Vigier (“Le Monde Diplomatique” n.º 273, diciembre de 1976), “en tanto que Estado fuerte de tipo constitucional, simbiosis original de antiguas tradiciones y de una tecnocracia a la americana, Alemania Federal habla ya el lenguaje de un maestro ante los regímenes europeos debilitados por la crisis”. Una vez establecido el pacto social y político con el gran capital, la socialdemocracia de Schmidt ha establecido en Alema-

nia un Estado de excepción permanente y un progresivo paso hacia la nazificación del país, practicando —en nombre del ideal europeo, no podía ser menos— una política de caza de brujas y una política de contención de las reivindicaciones internas de salarios por medio del empleo masivo de una mano de obra extranjera descalificada (los llamados “gastarbeiter”).

Con la hegemonía de los Estados Unidos y el patrocinio alemán, las burguesías europeas han abandonado todo tipo de veleidades autonomistas. Ante el peligro de una crisis de dominación política y social en Europa del Sur (próximas elecciones en Francia y España, dificultades en Portugal, embestida del PCI en Italia), las clases dominantes del continente han reducido sus ambiciones —rotura del aislamiento británico, renuncia obligada del capital financiero francés a competir con el imperialismo alemán, deseos integracionistas de los países de la Europa pobre, como España, Portugal y Grecia—, aceptando plenamente la protección americana y sus potenciales defensivos.

### Las clases populares, perjudicadas

En este contexto, el proyecto parlamentario a votar en 1978 constituye un grave peligro para Europa. Lo constituye, obvio es señalarlo, para los trabajadores y el conjunto del pueblo de los países miembros de la Comunidad así como de aquellos que, como España, batallan desesperadamente para conseguir su acceso. El enfeudamiento de las burguesías “nacionales” a los intereses imperialistas conlleva no sólo una transformación de la estructura económica —los países se hundían progresivamente en el endeudamiento industrial—, sino también, y sobre todo, una dislocación política y social. La clase obrera de los países dependientes ve cómo se depauperizan sus condiciones de vida y trabajo ante la estrategia de las multinacionales. Estrategia que pasa por una reestructuración social para reservar los empleos cualificados y la técnica avanzada para algunas metrópolis y a implantar las industrias productivas en países de mano de obra barata, reservando todavía una especie de cuarto cinturón como fuente de reserva.

La total sumisión del capital monopolista de los países de la CEE ante las empresas multinacionales implica una colonización de la que la clase obrera europea es la más directamente perjudicada. Desmantelamiento de industrias y supresión de los empleos correspondientes, reabsorción de los sectores menos rentables por parte de la gran industria, congelación de salarios, aumento del paro forzoso, de-

# BLAUPUNKT

## Sistemas completos en sonido.



### Blaupunkt Colonia CR

- Autorradio-Cassette para FM stereo y onda media.
- Radio-cassette con avance y retroceso de cinta rápido.
- Reproducción de cassette en stereo.
- Potencia de salida 2 x 6 watos según normas DIN 45324.
- Sintonía FM por Control Automático de Frecuencia (CAF). La emisora una vez seleccionada queda sintonizada invariablemente.
- Regulador de sonido de graves y agudos, combinado.
- Expulsión automática de cinta cassette una vez finalizada, y conmutación automática a recepción de radio.
- Separación silenciada entre bandas de sintonización de emisoras.
- Oscilador especial, que evita la deficiente calidad de recepción del sonido debido a la proximidad de emisoras.
- Avance y rebobinado perfecto de cinta sin posible rotura.

**Blaupunkt, escúchelo.**

**Blaupunkt también fabrica todos los accesorios necesarios: Antena. Altavoces. Prolongadores.**

**BLAUPUNKT**  
Grupo BOSCH  
**Su compañero de viaje.**

Para más información dirigirse a Robert Bosch Comercial Española, S.A. Embajadores, 146-Madrid-5

## El Parlamento europeo de los americanos

gradación de las condiciones de vida y trabajo de las clases populares, reestructuración de la agricultura europea y expropiación masiva de las pequeñas propiedades campesinas con la consiguiente nuclearización del campo, emigración acelerada, etc., etc., son algunas de las consecuencias más inmediatas que hacen recaer la crisis capitalista sobre los trabajadores europeos y muy especialmente sobre la clase obrera de los países más atrasados y plenamente configurados como unidades de producción al servicio de las multinacionales (España, Portugal, Grecia, Turquía).

Esta política hostil a los intereses del pueblo, ese "intento de consolidar una nueva correlación de fuerzas y una nueva división internacional del trabajo bajo la hegemonía americana y con el ejercicio factual del proconsulado alemán sobre las instituciones europeas" (punto II de la llamada del "Comité de Acción contra una Europa germano-americana y la elección de un Parlamento a su servicio" impulsado en Francia por Jean-Pierre Vigier y Jean-Paul Sartre, entre otros), nos afecta directamente.

El acercamiento a la Alianza Atlántica por parte de las Fuerzas Armadas de la Monarquía —visita de una docena de altos cargos militares a la sede de la OTAN en Nápoles a fines del pasado año, viaje de Gutiérrez Mellado a Alemania y Francia— y del propio Gobierno Suárez —apoyo de Carter a su operación de Centro, visitas a Madrid de Cyrus Vance y Walter Mondale, secretario de Estado y vicepresidente de los Estados Unidos, respectivamente— confirma el pacto entre bastidores para integrar a España en el complejo militar americano. Asimismo, los continuos coqueteos con la socialdemocracia alemana por parte del Gobierno reformista —con la visita, nada protocolaria, de Juan Carlos a la RFA para recibir el total beneplácito de Schell y Schmidt— son los pasos más definitivos para la incorporación de España a la Europa capitalista, tras la primera tanda electoral. Una vez resuelto este primer paso, la burguesía española entrará en el proyecto de Parlamento Europeo como el pariente pobre que va recogiendo las migajas que otros le dejan. Y en ese proyecto, teleguiado desde Washington, la clase obrera no tiene espacio alguno. No tiene otro que la resistencia al proyecto de las firmas multinacionales y la batalla decidida contra la ofensiva del imperialismo y de sus apéndices en sus planes antipopulares de austeridad para paliar los

efectos de la crisis económica sobre los trabajadores y en la nueva división internacional del trabajo, que se establece para proceder a una mayor y más segura acumulación de capital.

## La clientela europea de los Estados Unidos

La crisis internacional y el proyecto de reestructuración del dominio capitalista no se define simple y exclusivamente en términos económicos (de ser así, podría pensarse en la posibilidad de un respiro para el capital monopolista, como lo demostraría la tímida recuperación económica de 1975 cuya primera fase concluyera de forma absoluta a principios del pasado año). La crisis del capitalismo internacional se define también en términos políticos. No es simplemente un problema originado en el descenso del nivel de producción y de la tasa de ganancia por parte de los monopolios, dado que lo que en estos momentos está en juego es la reproducción del conjunto de la formación social, para la cual las burguesías monopolíticas subordinadas al imperialismo se encuentran ante una doble tarea: redefinir el sistema de alianzas en el poder, por un lado, y aplastar a las clases populares (conquistar la total hegemonía), por otro.

Es en este cuadro global en el que puede explicarse las resoluciones, en teoría protocolarias, adoptadas en la reciente cumbre de Londres entre los Jefes de Estado o de Gobierno de los Estados Unidos, Alemania Federal, Francia, Japón, Italia y Gran Bretaña. Resoluciones enteramente conectadas con la actual política exterior de la Administración Carter. Como ya es sabido, Jimmy Carter llegaría a la Casa Blanca apoyado por una base heteroclítica que incluía el Estado Mayor militar y económico del Pentágono y el sindicalismo más colaboracionista, amén de un paquete de firmas multinacionales. La plataforma política de esta extraña coalición se concentraba en una especie de "trust" internacional conocido como "Comisión Trilateral" fundada en 1973 por el presidente de la Chase Manhattan Bank, David Rockefeller, agrupando a más de doscientos prohombres de los Estados Unidos, Europa Occidental y el Japón. Los planteamientos trilateralistas, ya anunciados durante la gestión Kissinger, plantean en política exterior una adaptación de los métodos de dominación a nivel de correlación de fuerzas y una continuidad, sobre el plano estratégico, de las características que han señalado el dominio imperialista en los últimos treinta años. El objetivo más preclaro será el de adoptar una serie de decisiones comunes (vale decir, americanas) en el llamado mundo trilateral (Estados Unidos,

Europa y Japón), con arreglo a las cuales cada país ceda su hipotética soberanía nacional en beneficio de un reforzamiento de las instituciones internacionales. El proyecto de Parlamento Europeo es una de las primeras consecuencias. Antes de que éste se haga realidad, ya se ha dispuesto un dispositivo jurídico y policial, la llamada "Convención Europea por la represión y el terrorismo" adoptada en Estrasburgo por los ministros de Asuntos Exteriores europeos, para limitar al máximo el derecho de asilo e institucionalizar, por el contrario, el principio de extradición de militantes políticos. Es sólo un primer paso en la escalada represivo-autoritaria de las burguesías desnacionalizadas de Occidente.

Parlamento Europeo, declaraba al corresponsal de "El País": "Nosotros habíamos votado antes de 1969 contra la construcción europea porque entonces estaba vinculada a la Alianza Atlántica y a la división de Europa en dos bloques. Después nos hemos sorprendido porque queríamos romper una puerta y la hemos encontrado abierta". En perfecta equivalencia con las declaraciones de Jacoviello —recordemos: "la Historia no espera nunca a los ausentes"—, el "eurocomunista" Amendola avanza una concreción que define toda la estrategia de los PC occidentales. Entrar por la puerta grande vale decir subordinar las posiciones del eurocomunismo a las exigencias tácticas de su alianza con la burguesía

en 1973 (y repetidas casi literalmente por el PCE de Carrillo), "una Europa Occidental democrática, independiente y pacífica, ni antisoviética ni antiamericana, que se proponga asumir una función de amistad y cooperación con los Estados Unidos, la URSS y los países subdesarrollados".

El concepto de "armonía universal" de los eurocomunistas es, a no dudarlo, realmente idealista. Como continuación evolutiva de una vieja política de conciliación de clase, el eurocomunismo propone neutralizar Europa como base para una coexistencia institucionalizada, reforzando la estructura comunitaria como garantía contra los cambios radicales entre las relaciones de clase en el interior de cada país. El

ma estructural de clara raíz socialdemócrata— se convierte en un enemigo contra el que la clase obrera y el pueblo deben plantear necesariamente la batalla.

## El papel de la izquierda

Para la izquierda revolucionaria, la batalla contra la unificación política europea bajo el padrino americano-alemán es un problema relativamente nuevo. En torno a él no se han dado todavía los pasos decisivos. De hecho el aspecto institucional de la elección de un Parlamento europeo enmascara su verdadero contenido de clase. Para la izquierda revolucionaria europea se hace urgente una movilización frontal contra esa Europa de los capitales y ese proyecto de asamblea supranacional teleguiada por el imperialismo. Pero para ello es preciso reflexionar sobre el carácter político de esta maniobra imperialista mostrando al conjunto del pueblo el grado de articulación que se establece entre la reestructuración capitalista de Europa tras la última crisis y la necesidad de las burguesías mediterráneas de colocarse bajo la tutela imperialista al objeto de frenar toda dinámica social y todo proceso revolucionario.

Hoy las contradicciones se radicalizan y cada vez aparece más nítida la delimitación fronteriza entre las fuerzas en presencia. Frente a la estabilización del sistema imperialista mundial que propone la socialdemocracia y las fuerzas retardatarias de la burguesía, frente a la Europa neutralizada por la que tanto claman los partidos revisionistas, el proletariado y la vanguardia revolucionaria deben desarrollar una batalla consecuente. Precisamente porque la hegemonía norteamericano-alemana compromete gravemente toda perspectiva de transformación revolucionaria en la Europa mediterránea, corresponde a los revolucionarios y a las fuerzas progresistas de estos países organizar la lucha contra el Parlamento Europeo, contra el padrino de un Estado policial como el alemán, contra la nueva ofensiva del imperialismo.

Ofensiva que, de inmediato, toca al Estado español y, por tanto, al conjunto del pueblo como sus primeras víctimas. De ahí la necesidad y urgente batalla contra la entrada de España en la OTAN y en todos los mecanismos de dominación imperialista tanto a escala económica como política y militar. La batalla va a ser dura y difícil, pero en su concreción se atacan los fundamentos de dominación y reproducción del capital en España, acelerando el enfrentamiento de clases que termine con el sistema de dominación política de la burguesía y prepare el camino hacia la independencia nacional y el socialismo. ■ D. F.



El proyecto de Parlamento Europeo apadrinado por Schmidt y Giscard d'Estaing supone uno de los pasos más avanzados y coherentes de la gran burguesía occidental para afianzar la intervención del imperialismo yanqui en toda la Europa del Sur. En la foto, los citados políticos junto al primer ministro holandés, Joop den Uyl, en Bruselas.

## La Europa del eurocomunismo

En este cuadro hemos de recuperar la polémica entre Sartre y el editorialista del PCI citada al principio de este trabajo. Indudablemente el proyecto de unificación política europea guiada y apadrinada por el imperialismo americano y el subimperialismo alemán no interesa solamente a aquellos partidos que hoy constituyen la clientela tradicional de los Estados Unidos en la Europa mediterránea, sino también a formaciones que se reclaman de la democracia, la independencia nacional y el socialismo. Hace pocos días (27 de marzo), Giorgio Amendola, número 2 del PCI y presidente del grupo comunista en el

occidental de cara a imponer un corsé a los intereses obreros y populares.

En este sentido, poco difiere la política de los "eurocomunistas" de la de los centinelas socialdemócratas. Si éstos se constituyen en celadores de los intereses imperialistas en Europa, aquéllos reconocen su existencia —las alianzas internacionales, OTAN comprendida; recuérdese las constantes declaraciones de Carrillo al respecto— y subrayan su necesidad para conseguir un nuevo marco político y económico del mundo capitalista basado en la "distensión, la coexistencia pacífica y la cooperación internacional". Una Europa integrada. O en palabras de Berlinguer pronunciadas en la sesión del Comité Central del PCI

peligro de "desestabilización", el peligro de una radicalización de la lucha de clases y, consecuentemente, de un desbordamiento de sus áreas de influencia —rotura de la hegemonía socialdemócrata en la clase obrera—, implica por parte de los PC occidentales una estructuración a todos los niveles de las relaciones internacionales. Para el eurocomunismo no existe solución a la crisis económica sin una reforma institucional del sistema imperialista mundial, reforma que haga posible un nuevo y más refinado esquema de dominación. Como colchón que medie un posible conflicto de clases en los países de la Europa del Sur, la estrategia eurocomunista —ligada a la consecución del pacto social y a una refor-